

---

## APÉNDICE



### CARTA

AL

SR. DIRECTOR DEL «DIARIO DE LOS DEBATES»

---

MUY SEÑOR MIO: No nos ha sido difícil á M. Michelet y á mí renunciar á dar contestacion á las acusaciones que se nos han dirigido en las Cámaras de los Pares. Despues de haberlas examinado, no nos tomaremos la pena de refutarlas. Pero la misma benevolencia que V. ha mostrado para con ausentes, me obliga á manifestarle mi agradecimiento, y á dirigirle algunas observaciones acerca de la reserva que muestra respecto de mí.

Piensa V. que si me he separado del programa de mi curso, algunas prudentes advertencias bastarán para que me limite á él: palabras tan moderadas como esas, no pueden ménos de causar impresion, aún á mis propios amigos, y si pudiese

ceder en algo, seguramente sería á un consejo tan ilustrado como el de V.; pero no puedo ni debo, y hé aquí las razones.

Supone V. que, sorprendido bruscamente por una polémica violenta, he cambiado el carácter de mi enseñanza, que las pasiones que han venido á provocarme, han encendido en mí un deseo repentino de venganza, y que desde entónces he abandonado las condiciones ordinarias de mis estudios. No es así, sin embargo; y lo que me tiene tranquilo en estos debates, es que estoy donde he estado siempre. Cuando hace ocho años comencé mi enseñanza, principié estudiando las relaciones de la literatura y las instituciones religiosas. La opinion pública se encontraba á la sazón muy apartada de estas cuestiones; podia considerarme como aislado y solo en dicha empresa. Desde entónces, por el contrario, la atención general se inclina á ellas. No soy yo quien ha provocado este fenómeno. No he renunciado al plan expuesto cuando podia creer que estaría sólo; ¿debo renunciar á él porque el espíritu público quiera intervenir? No temí al aislamiento: ¿temeré á la multitud?

Hace siete años, el ministro actual de Instrucción Pública se dignó asistir á una de mis lecciones, y conservo el testimonio de la aprobación que le mereció. Entraba entónces en el camino por el que no he cesado de marchar. Mostraba las relaciones del Evangelio de San Juan con la Religion de los Persas. El resultado de es-

te curso fué resumido en un volúmen que intitulé *El Génio de las Religiones*. Nadie pensó entónces que fuese extraño á las letras mostrar la fuente de los grandes poetas en las creencias y los cultos.

Llamado al colegio de Francia, llevé al estudio de las literaturas meridionales el mismo espíritu que 'habia presidido anteriormente á mi enseñanza. Sin duda me hubiera sido infinitamente más cómodo traducir para mi auditorio algun autor español ó italiano; pero estimé que en ese noble colegio de Francia podia dar á la crítica una tendencia más elevada y filosófica. Traté en una série de lecciones, que pronto serán publicadas, de Dante, del Petrarca, de Maquiavelo, de Bocaccio, de Barros, de Calderon, de los filósofos italianos del siglo diez y seis, etc., pero no bastaba hablar aisladamente de esos hombres, era preciso mostrar el lazo que los une, la sociedad en que vivia cada uno. Ahora, dicho lazo es la religion. Quitadme el Cristianismo; todo mi objeto desaparece. ¿Hay quien comprenda que yo hable seriamente de Italia sin Roma, de España, de los Arabes sin el Islamismo?

Tome V. si quiere todos los prosistas del Mediodia, no me deje más que un poeta; elija usted, ¿á Petrarca? me conformo; basta para suscitar toda la dificultad. Abro sus obras al azar, y leo este tratado: *Del Derecho del Estado y de la iniquidad de la Santa-Sede*. ¡Henos aquí de

nuevo enfrente de las más graves cuestiones! Cerraré el libro.

¡Imagine V. una enseñanza sobre Homero, Píndaro, Sófocles, y que el profesor nada pueda decir ni de los Dioses ni de la religión griega! Más valdria cerrar esta Cátedra. Prescinda usted en la literatura francesa de Bossuet, Fenelon, Masillon y Port-Royal, si quiere usted que las letras no se relacionen con la Iglesia; y aún esto no sería bastante; el profesor encontraría á la Iglesia en una tragedia, en una comedia, en *Atalia*, en un verso de Moliere. ¿Dónde detenerse en este camino? Para ser lógicos, debiera decirse á cada profesor de literatura: no hables de moral, pertenece al sacerdote; deja la historia, es del historiografo; las instituciones, del jurisconsulto; los monumentos, del arquitecto; la naturaleza, del naturalista; la tierra, del geólogo; el cielo, del astrónomo! Cumplido este trabajo, una cátedra de literatura sería, en efecto, poco temible; careceria de sentido.

Además, nada se habria adelantado sino se aplicase el mismo sistema á las ciencias: el literato podria, en justa reciprocidad, decir al físico, no te está permitido tocar á la química; al geólogo, te vedo el diluvio; al anatómico, te prohibo toda comparacion con la escala inferior de los seres; porque esto falsea el concepto que tengo de los primeros capítulos del Génesis. Cuando el venerable M. Ampere coronó su carrera con sus trabajos sobre la enciclopedia de

las ciencias, hubiera sido preciso cerrarle la boca, recordándole que estaba allí para rehacer todos los años cierto número de experiencias físicas y no para crear una filosofía de la naturaleza.

¿Qué sería de todas las ciencias si se redujesen á este aislamiento? Moririan. De las letras quedaria una vana retórica. Y es esto tanto más evidente cuanto no hay una cátedra que se pueda librar de pretestos como los que se me oponen. No hay ningun profesor que no haya sentido la vida de la enseñanza en el estudio de las relaciones. En 1828, M. Villamain era profesor de literatura francesa. Sin que la Restauracion se lo impidiese, dió un curso justamente célebre sobre el Parlamento inglés, sobre los oradores ingleses, sobre la política inglesa, sobre Lord Chatam, Pitt, Sheridan. Todo el mundo comprendió que el eminente crítico, engrandecía, fecundaba su asunto, mas que no lo abandonaba; y apesar de las pasiones que se mezclaban entónces á los debates políticos más insignificantes, la Cámara de los Pares no pensó siquiera encerrarle en la Retórica de Le Batteux. En el Colegio de Francia, mi amigo y colega, M. J. J. Ampere, ha fundado muy sábiamente, en mi concepto, su curso de literatura francesa en el cristianismo de los Padres y la Teología de la Edad-media. Ha tratado sin oposicion del Pelagianismo y del Agustinianismo, de la naturaleza y de la gracia. Tal era su derecho y su deber, puesto que estas cuestiones reaparecen en

el siglo de Luis XIV. Recuerdo, es verdad, que varios periódicos y folletos dirigieron vivos ataques al sábio M. Letronne, cuando trató del Diluvio; pero no recuerdo que ninguna de las dos Cámaras adoptase ninguna resolución para proscribir este asunto, que en el estado actual de la ciencia, está aun abierto á la discusión.

Respecto de lo que más particularmente me concierne, si abro los comentaristas del Dante en la Edad-media, veo que tratan muy libremente de teología, de política, de derecho, de la Iglesia, del papado; estos comentarios son verdaderas enciclopedias, y me pregunto: ¿como renunciaré en el siglo diez y nueve el derecho que Boccaccio tenía en el siglo catorce? Landini en el quince. No lo comprendo de ningún modo.

Es verdad, que las personas que solo desean un pretexto, se detienen en el título de mi curso, EL CRISTIANISMO Y LA REVOLUCION FRANCESA: ¿qué relacion puede tener esto con el Mediodía? A los que como V. buscan la verdad y no un pretexto, contestaré que el programa de mi curso comprende las literaturas meridionales en su relacion con las instituciones; que al publicar el volúmen de mis lecciones, tengo sin duda el derecho de darle el título más preciso, señalando así el movimiento del espíritu humano entre dos épocas.

¿Se dirá que el Cristianismo no influye para nada en el Mediodía, y la Revolucion francesa tampoco; que esta no ha sido apercibida por

Italia y España, por Montí, que encuentra el infierno del Dante en la Convencion, por Alfieri, Manzoni y la nueva escuela española?

Esta carta es muy larga, señor mio, y sin embargo, me ha parecido indispensable para explicar como no puedo deferir á las benévolas observaciones que V. me dirige. Tengo la conciencia de que cediendo hoy sobre un punto, mañana me vería obligado á ceder en otro: y para que mi vida fuera más cómoda, sólo tendría que renunciar á la libertad y dignidad de la enseñanza. Las vivas enemistades que se suscitan contra nosotros, presto se extenderían á los demás si tálásemos á nuestra mision. Más vale asumir las todas.

En medio de estas contiendas, tengo la satisfacción de no aborrecer á nadie: las dificultades no proceden de nuestros adversarios; están en la misma situacion. No habiendo buscado el combate, tampoco lo evitaré; y puesto que palabras tan moderadas como las de V. no han podido persuadirme á renunciar á lo que considero como el derecho y la vida misma de la enseñanza pública, no creo que nadie me convenza fácilmente.

Reciba V., señor, mio la expresion de mi consideracion más distinguida.

París, 21 de Abril de 1845.

E. QUINET.